

BIBLIOTECA PORTÁTIL, 24

Giovanni Verga
LA VIDA EN EL CAMPO

TRADUCCIÓN DE HUGO BACHELLI

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2008

TÍTULO ORIGINAL: *Vita dei campi*

FANTASÍA

© de la traducción, Hugo Bachelli, 2008

© de esta edición, Editorial Periférica, 2008

Apartado de Correos 293. Cáceres 10001

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-936232-6-5

DEPÓSITO LEGAL: CC-235-2008

IMPRESIÓN: Tomás Rodríguez, Cáceres

ENCUADERNACIÓN: Preimex, Mérida

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la edición convocadas por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura. El editor autoriza su reproducción, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una vez, cuando viajábamos en tren cerca de Aci-Trezza, exclamaste, asomándote por la ventanilla del vagón: «¡Me gustaría pasar un mes aquí!».

Volvimos, y no pasamos un mes, sino cuarenta y ocho horas. Los lugareños abrieron los ojos como platos al ver tus enormes baúles y creyeron que ibas a quedarte allí un par de años. La mañana del tercer día, cansada de contemplar a todas horas tanto verde y tanto azul y de contar los carros que pasaban por el camino, ya estabas en la estación y, mientras jugabas impaciente con la cadena de tu frasco de perfume, estirabas el cuello para divisar un tren que no llegaba nunca. En aquellas cuarenta y ocho horas hicimos todo lo que se puede hacer en Aci-Trezza: paseamos por el camino polvoriento y trepamos a las rocas; pretendías aprender a remar y te brotaron

bajo los guantes ampollas que necesitaban ser besadas. Pasamos en el mar una noche muy romántica, echando las redes para hacer creer a los barqueros que merecía la pena pescar un reuma. El alba nos sorprendió en lo alto del acantilado, un alba modesta y pálida que todavía puedo ver, surcada por amplios reflejos violetas sobre un mar verde oscuro; parecía una caricia para aquel grupito de casuchas que dormían casi acurrucadas en la orilla, mientras en la cima, bajo el cielo transparente y profundo, destacaba tu figura, dibujada con el sabio patrón que había trazado tu modista y el perfil fino y elegante que habías creado tú misma. Llevabas un vestido gris que parecía haber sido diseñado para combinarse con los colores del alba. Una bonita estampa, no cabe duda. Y cualquiera se hubiera dado cuenta de que eras consciente de ello por el modo de ajustarte el chal y de sonreír, con tus grandes ojos abiertos y cansados ante aquel extraño espectáculo, al que se añadía otra extrañeza, la que provocaba tu propia presencia. ¿Mientras contemplabas el sol naciente, qué pasaba por tu cabeza? ¿Le preguntaste quizá al sol en qué hemisferio te encontraría un mes después? Dijiste tan sólo, inge-

nuamente: «No comprendo cómo alguien puede vivir aquí toda la vida».

Sin embargo, la cosa resulta más fácil de lo que parece. En primer lugar, basta con no poseer cien mil liras de renta, y, por contra, realizar todo tipo de trabajos entre los grandes escollos, enmarcados por el color azul, que te hacían batir palmas de admiración. Basta con eso, tan poco, para que los pobres diablos que nos esperaban dormitando en la barca encuentren entre las casuchas destartadas y pintorescas, que vistas de lejos parecían también estar mareadas, todo lo que tú te empeñas en buscar en París, Niza o Nápoles.

Es algo sin duda muy particular, y quizá sea mejor así para ti y para los que son como tú.

Aquel montón de casuchas está habitado por pescadores: «gente de mar», dicen ellos, como otros dirían «gente de toga». Tienen la piel más dura que el pan que comen, cuando lo comen, pues el mar no es siempre tan amable como cuando bebía tus guantes... En los días negros, cuando gruñe y bufa, hay que contentarse con mirarlo desde la orilla, mano sobre mano, o tumbado, que es la mejor postura para quien no ha desayu-

nado. En esos días hay una multitud a la puerta de la taberna, pero suenan pocas monedas sobre la hojalata del mostrador, y los chiquillos que pululan por el pueblo, que parecen alimentados por la miseria, chillan y se arañan como si tuvieran el diablo en el cuerpo.

De cuando en cuando, el tifus, el cólera, el mal año o la borrasca dan un buen escobazo en aquel hormiguero, que en realidad parece que no debiera desear otra cosa que ser barrido y desaparecer; con todo, vuelve a revivir en el mismo sitio, no sé decirte cómo ni por qué.

¿No te has entretenido nunca, después de un aguacero de otoño, en desbaratar un ejército de hormigas escribiendo descuidadamente en la arena del paseo el nombre de tu última pareja de baile? Algunos de esos pobres insectos se habrán quedado pegados a la contera de tu paraguas, retorciéndose en espasmos; pero todos los demás, tras cinco minutos de pánico y agitación, habrán vuelto a agruparse desesperadamente en su montaña de tierra. Tú no regresarías, ni yo tampoco; pero para poder comprender semejante terquedad, heroica en ciertos aspectos, es necesario volvernos pequeños también nosotros,

limitar todo el horizonte a dos pedruscos y mirar en el microscopio las pequeñas causas por las que laten los corazones también pequeños. ¿Quieres echar un vistazo, tú que miras la vida por el otro lado de los prismáticos? El espectáculo te parecerá extraño, y quizá por eso te divierta.

Hemos sido muy amigos, ¿recuerdas? Y me has pedido que te dedique alguna página. ¿Para qué? *À quoi bon?*, como sueles decir tú. ¿Qué puede valer lo que yo escribo para quien te conoce? Y para quien no te conoce, ¿qué significas? El caso es que me he acordado de tu capricho un día que volví a ver a aquella pobre mujer a la que solías dar limosna con la excusa de comprarle las naranjas que tenía puestas en fila en un banquillo, ante su puerta. Ya no existe el banquillo, han cortado el níspero del corral y la casa tiene una ventana nueva. Lo único que no había cambiado era la mujer, estaba un poco más allá, tendiendo la mano a los carreteros, acurrucada sobre el montón de piedras que cierran el paso al antiguo puesto de la guardia nacional; y yo, según iba con mi cigarro en la boca, he pensado que también ella, pobre como era, te había visto pasar, blanca y magnífica.

No te enfades por haberme acordado de ti de ese modo y en esa situación. Además de los gratos recuerdos que me dejaste, conservo otros cien, vagos, confusos, heterogéneos, recogidos aquí y allá, no sé dónde, quizá algunos sean recuerdos de sueños tenidos con los ojos abiertos, y en el batiburrillo que formaban en mi memoria, y al pasar por aquella calleja donde sucedieron tantas cosas alegres y dolorosas, la mantilla de aquella mujeruca temblorosa, acurrucada, puso una nota triste y me hizo pensar en ti, harta de todo, incluso de las adulaciones que pone a tus pies el periódico de moda, citándote con frecuencia en las primeras líneas de la crónica de sociedad –hastada como para tener el capricho de ver tu nombre en las páginas de un libro.

Cuando escriba el libro, probablemente tú ya no pienses en ello; entre tanto, los recuerdos que te envió, tan lejos de ti en tantos sentidos, ebria de fiestas y de flores, te producirán el efecto de una brisa deliciosa en medio de las ardientes veladas de tu eterno carnaval. El día que regreses a aquel lugar, si es que lo haces, y nos sentemos juntos de nuevo para hacer rodar guijarros con el pie y fantasías con el pensamiento, hablaremos

tal vez de aquellas ebriedades que la vida ofrece en otros lugares. Puedes también imaginar que mi pensamiento ha viajado hasta aquel ignorado rincón del mundo sea porque en él se posó tu pie, sea por apartar mis ojos del brillo que te sigue por todas partes, de joyas o de fiebre, sea porque te he buscado inútilmente en todos los lugares que la moda vuelve alegres. Así que ya ves: aquí, como en el teatro, ocupas siempre el primer puesto.

¿Te acuerdas de aquel viejecito que estaba al timón de nuestra barca? Le debes un tributo de agradecimiento porque evitó diez veces al menos que se te mojaran tus hermosas medias azules. El pobre diablo ha muerto en el hospital, en una gran sala blanca, entre sábanas blancas, comiendo pan blanco, servido por las blancas manos de las hermanas de la Caridad, que no tenían otro defecto que el de no comprender los míseros lamentos que el pobrecillo balbucía en su semi-bárbaro dialecto.

Pero si hubiese podido desear alguna cosa, él habría querido morir en aquel rincón oscuro, junto al fuego, donde tantos años estuvo su cama, «bajo su tejado», tanto que, cuando se lo lleva-

ron, lloraba quejándose mansamente, como hacen los viejos.

Había vivido siempre entre aquellas cuatro piedras y frente a aquel mar hermoso y traidor con el que tuvo que luchar todos los días para sacar con qué pasar la vida y no dejar en él la piel; y, sin embargo, en los momentos en que tomaba el sol tranquilamente, acurrucado en lo más hondo de la barca, con las rodillas entre los brazos, no habría vuelto la cabeza para mirarte, y habrías buscado en vano en aquellos ojos atónitos el reflejo de tu belleza, como cuando tantas frentes altivas se inclinan a tu paso en los espléndidos salones y te miras en los ojos envidiosos de tus mejores amigas.

La vida es rica, como ves, en su incansable variedad, y puedes, por lo tanto, sin escrúpulos y a tu manera, gozar de la parte de riqueza que te ha correspondido. Aquella muchacha, por ejemplo, que asomaba la cabeza detrás del tiesto de albahaca cuando el frufrú de tu vestido revolucionaba la calleja, si veía otro rostro conocido en la ventana de enfrente sonreía como si también ella fuese vestida de seda. ¡Quién sabe qué pobres glorias soñaba en el alféizar, tras la alba-

haca olorosa, la vista fija en aquella otra casa coronada con sarmientos de vid! Y la risa de sus ojos no habría acabado en lágrimas amargas, allá en la ciudad, lejos de las piedras que la habían visto nacer y la conocían, si su abuelo no hubiera muerto en el hospital, si su padre no se hubiese ahogado, ni toda su familia se hubiera dispersado a causa de un golpe de viento funesto que había arrastrado a uno de sus hermanos hasta la cárcel de Pantelleria. *Nei guai*, como dicen allí abajo.

Mejor suerte les tocó a los que ya murieron: en la batalla de Lissa el uno, el más grande, aquel que parecía un David de cobre, erguido con el arpón en la mano e iluminado por las brascas llamas que producía la madera de yedra. Alto y grande como era, se ponía colorado cuando lo mirabas con tus ojos ardientes; no obstante, murió como un buen marino, sobre la verga del trinquete, firme en la soga, agitando el gorro y saludando por última vez a la bandera con su viril y salvaje grito isleño. El otro, aquel hombre que en el islote no se atrevía a tocarte el pie para liberarlo del lazo tendido a los conejos, y del que te habías quedado prendada por lo atolondrada que eres, se perdió una oscura noche de invierno,

solo en su barca, entre las olas desencadenadas lejos de la costa, donde le esperaban los suyos corriendo como locos de un lado a otro a lo largo de sesenta millas de tiniebla y tempestad. Tú no habrías podido imaginar el desesperado y terrible coraje con el que fue capaz de luchar contra tal muerte el hombre al que intimidaba la obra maestra de tu zapatero.

Mejor para los que han muerto y no comen el «pan del rey», como el pobrecillo que está en la cárcel o ese otro pan que come su hermana, y no tienen que andar como la mujer de las naranjas viviendo de la gracia de Dios, una gracia muy escasa en Aci-Trezza.

¡Ésos, al menos, no necesitan nada ya! Esto mismo dijo el chico de la tabernera la última vez que fue al hospital a preguntar por el viejo y le llevó a escondidas esos caracoles guisados que son tan fáciles de chupar para los que no tienen dientes y encontró la cama vacía, con la colcha extendida y muy limpia, y, luego, al escabullirse por el patio, fue a plantarse delante de una puerta toda cubierta de papeles y vio por el ojo de la cerradura una gran sala vacía, sonora y fría en verano, y el extremo de una larga mesa de már-

mol sobre la que había un lienzo grande y rígido. Y pensando que aquéllos al menos ya no necesitaban nada, se puso a chupar uno a uno, para pasar el tiempo, los caracoles que ya no servían.

Apretando contra tu pecho el manguito de zorro azul, te acordarás con placer de haberle dado cien liras al pobre viejo.

Quedan los chiquillos que te escoltaban como chacales y acechaban las naranjas; siguen rondando a la mendiga, levantándole el vestido como si hubiese pan debajo, recogiendo los troncos de las coles, las cáscaras de naranja y las colillas de los cigarros, todas esas cosas que se tiran a la calle pero que sin embargo deben tener algún valor, ya que hay gente pobre que vive de ello; y vive de tal manera que aquellos desarrapados, hambrientos y rollizos, crecerán en medio del fango y del polvo del camino fuertes y robustos como su padre y su abuelo, y poblarán Aci-Trezza de otros desarrapados, los cuales vivirán la vida alegremente, usando su dentadura todo lo que puedan, como el viejo abuelo, sin desear otra cosa; y si pudieran pedir algo sería únicamente poder cerrar los ojos donde los abrieron por primera vez, en manos del médico del pueblo, que viene

todos los días en su asno, como Jesús, para ayudar a la buena gente que se va.

¡En definitiva, el ideal de las ostras!, dirás tú. Precisamente el ideal de las ostras... Y no tenemos otro motivo para encontrar ridículo ese ideal que el no haber nacido ostras nosotros mismos. Por otra parte, el tenaz asidero de esa pobre gente al escollo en que la fortuna los ha dejado caer mientras sembraba príncipes aquí y duquesas allá, esa valiente resignación a una vida de sacrificio, esa religión de la familia que se refleja en el trabajo, en la casa, en las piedras que la rodean, me parecen –al menos en este momento– cosas muy serias y respetables. Para mí que las inquietudes de todos los que tienen el pensamiento vagabundo se adormecerían dulcemente en la serena paz de esos sentimientos bondadosos, simples, que se suceden sin cambios y en calma de generación en generación. (Me parece que podría verte pasar con tus caballos al trote y el alegre tintineo de sus cascabeles, y saludarte tan tranquilo.)

Quizá porque he buscado demasiadas veces adivinar el torbellino que te rodea y sigue, he podido ahora encontrar una fatal necesidad en las tenaces afecciones de los débiles, en el ins-

tinto que tienen de estrecharse unos contra otros para resistir las tempestades de la vida, y he intentado descifrar el drama modesto y desconocido que debe haber destrozado a esos plebeyos actores que conocimos juntos. Un drama que tal vez algún día te contaré, y cuyo argumento me parece que se resume así: cuando uno de aquellos seres, el más débil, el más incauto, el más egoísta de todos, quiso separarse de los suyos por deseo de lo desconocido, por ansias de algo mejor, o por curiosidad de conocer el mundo, el mundo de los peces voraces se lo tragó y con él a los suyos.

Bajo este aspecto no le falta interés al drama. Para las ostras, el argumento más interesante debe de ser el que trata de la asechanza de los langostinos o del cuchillo del buzo que las arranca de la roca.